

Calles limpias, ciudades dignas: el respeto empieza en el espacio que compartimos



Caminar por una calle limpia no debería ser un privilegio. Para mí, debería ser lo normal. Y sin embargo, cada vez que recorro distintos barrios de **San Martín**, me encuentro con una realidad que duele. Basura acumulada, desagües colapsados, espacios públicos abandonados. No hace falta que nadie lo explique, se siente. Y cuando la suciedad se vuelve costumbre, no solo se ensucia la calle, se pierde algo más profundo, el respeto por el lugar donde vivimos.

Hablar de limpieza no es hablar solo de residuos. Para mí es hablar de dignidad, de salud y de convivencia. Una calle limpia dice mucho de cómo una comunidad se cuida a sí misma. Cuando el espacio público se abandona, el mensaje es claro, parece que a nadie le importa. Pero cuando se ordena y se mantiene, la ciudad recupera orgullo y la gente vuelve a creer.

Lo que se siente cuando el barrio está descuidado

He caminado por zonas donde la basura está a pocos metros de las casas. Donde los malos olores se mezclan con la resignación. Las familias conviven con eso todos los días, y no porque quieran, sino porque no han tenido otra opción. Esa realidad genera molestia, pero también un cansancio silencioso.

La suciedad enferma. Atrae plagas, contamina el agua y afecta sobre todo a los niños y a los adultos mayores. Pero además desgasta por dentro. Vivir rodeados de desorden transmite abandono. Hace sentir que el barrio ya no importa. Y cuando uno siente que su entorno está perdido, deja de cuidarlo.

Una ciudad sucia no es solo un problema de limpieza pública. Es una señal de desigualdad y de ausencia del Estado. La dignidad empieza cuando el espacio donde la gente vive, trabaja y cría a sus hijos es respetado.

La calle como primer espacio de convivencia

La calle es el primer lugar que compartimos. Ahí nos cruzamos todos los días con el vecino, el comerciante, el estudiante, el adulto mayor. Cuando la calle está limpia, invita a quedarse, a conversar, a encontrarse. Cuando está sucia, se vuelve un lugar que se evita.

Calles limpias significan orden y cuidado. Significan que los horarios de recolección se cumplen, que los mercados no desbordan residuos y que hay supervisión. Pero también significan compromiso de la gente. Comercios responsables, vecinos que respetan el espacio común y comunidades que entienden que lo público también es propio.

El desorden no aparece solo. Se instala cuando no hay control, cuando no hay educación ambiental y cuando nadie asume responsabilidad. Recuperar la limpieza es recuperar la idea de comunidad.

Limpiar no basta si no cambiamos hábitos

He aprendido algo recorriendo barrios. Limpiar es necesario, pero no alcanza. Si solo se recoge la basura sin cambiar hábitos, el problema vuelve al día siguiente. Por eso, la solución real empieza antes, en la prevención y la educación.

Separar residuos, respetar horarios de recolección, no arrojar basura a ríos o quebradas son acciones simples, pero poderosas. No se imponen a la fuerza, se enseñan y se acompañan. La educación ambiental tiene que llegar a los barrios, a los colegios, a los mercados y a los espacios comunitarios.

Prevenir también es planificar bien. Contar con rutas eficientes, contenedores adecuados y personal que trabaje en condiciones dignas. Una ciudad ordenada no se improvisa, se cuida todos los días.

Reglas claras y autoridad que esté presente

La limpieza urbana necesita autoridad. No una autoridad distante, sino una que esté presente y que haga cumplir las reglas con justicia. Cuando no hay fiscalización, el desorden avanza. Cuando las normas no se aplican, se pierde el respeto.

Tirar basura en la calle no puede seguir viéndose como algo menor. No por castigar, sino por corregir y educar. Las reglas existen para proteger la salud y la convivencia. Cuando se aplican de manera justa, la gente responde.

La autoridad también tiene que dar el ejemplo. Calles atendidas, mercados ordenados, espacios públicos cuidados. Cuando la gente ve compromiso, se involucra. El respeto se contagia.

San Martín merece ciudades que den orgullo

San Martín es una región rica en naturaleza, cultura y trabajo. No merece calles abandonadas ni espacios públicos descuidados. Merece ciudades donde caminar sea agradable y donde los niños crezcan en un entorno sano.

Calles limpias y ciudades dignas no es solo una frase. Es una forma de entender cómo convivimos. Es reconocer que la dignidad empieza en lo cotidiano, en la vereda, en la plaza y en el mercado del barrio.

Estoy convencido de que cuidar la ciudad es cuidar a la gente. Es respetar su salud, su tiempo y su esfuerzo. Recuperar la limpieza es también recuperar la esperanza de que vivir mejor sí es posible cuando hay orden, presencia y compromiso real.